

muchas veces se utilizan como etiquetas tremendamente simplificadas que se prestan a todo tipo de malabarismos intelectuales". Es como la caja de doble fondo de la que hablaba Tocqueville: uno puede meter en ella las ideas que le plazca, y retirarlas luego sin que nadie se dé cuenta.



Creo que no es casualidad que los mejores escritos históricos son los que tienen un menor número de citas a pie de página. Germán Arciniegas aspiraba a que el libro histórico se pasara de ellas. Pensaba que nadie leía las notas, que hacían perder la fluidez de la lectura y que eran un estorbo. Hacía suya la frase de Noël Coward: "Encontrar una cita a pie de página es como tener que bajar a abrir la puerta cuando estás haciendo el amor". Las citas no están hechas para ser leídas, sino apenas consultadas en caso de necesidad. Si lo que dicen es muy importante, entonces el escritor se las debería arreglar para hacerlas entrar en el cuerpo del texto principal.

Tras la lectura de este libro, no pocas veces enfadosa y pesada, me digo que el texto histórico termina a menudo convertido en la versión aburrida de lo que bellamente han dicho Carpentier o Victor Hugo. En cualquier caso, prefiero circular por la Revolución española de la mano de Goya y de Leo Perutz. Me aburren los textos historiográficos sobre la revolución o revoluciones italianas, en los que prima el concepto de "revolución pasiva" o "importada", inventado por Vincenzo Cuoco y he-

cho célebre por Gramsci. Una vez más, prefiero que me las cuenten Stendhal, Manzoni e incluso Susan Sontag, así como prefiero conocer el ambiente reinante en las de Venezuela y la Nueva Granada en las voces de Uslar Pietri y de otro autor que no me resulta cómodo citar en esta revista. Me pregunto, por ejemplo, si no dicen mucho más sobre una época esos detalles ambientales, como los sombreros morillos y bolívars, que se disputaron la moda parisina hacia 1817...

En suma, la petición de principio no fructifica (¿es que querían acertar como el Dios de Einstein, jugando a los dados?) y no hay dos visiones unificadoras. A pesar de lo que diga Doris Sommer, otra retórica superstición de nuestro tiempo, en la Independencia americana no hay "textos fundacionales", como bien señala Annick Lempérière, pero sí hay mejores y peores maneras de contarla.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



## Mirando a la orilla izquierda

**Cultura intelectual de resistencia. Contribución a la historia del "libro de izquierda" en Medellín en los años setenta**

Juan Guillermo Gómez García  
Ediciones Desde Abajo, Bogotá,  
2005, 206 págs.

Aunque en Colombia la izquierda ha sido tradicionalmente marginal, lo que entre otras cosas está relacionado con el carácter cerrado y restringido de nuestro sistema político, en determinados momentos de la historia nacional, desde distintas vertientes de la izquierda, se han desarrollado propuestas teóricas y prácticas muy significativas y de indudable trascendencia en el mediano y el largo plazo, aunque eso no suela ser reconocido por los defensores y representantes del establecimiento.



De la influencia de la izquierda en la sociedad colombiana debe subrayarse su papel en el proceso de democratización política y cultural, puesto que la poca renovación que ha experimentado el país en el último medio siglo ha estado relacionada, de manera directa o indirecta, con propuestas y proyecciones hechas desde la orilla izquierda del espectro político colombiano. Sin embargo, eso no ha sido reconocido por varias razones: el predominio histórico del bipartidismo, las secuelas del antidemocrático Frente Nacional (1958-1974) y la conversión generalizada de los antiguos intelectuales e ideólogos de diversas organizaciones de izquierda a la derecha y a los partidos tradicionales. Este último punto, que ameritaría una investigación sistemática y exhaustiva, en los últimos quince años se ha justificado por la crisis y desaparición de la Unión Soviética y los países de socialismo burocrático de Europa oriental, lo cual no le quita legitimidad de ninguna manera a la izquierda, porque el capitalismo sigue existiendo con todas sus características inhumanas, algo muy evidente en América Latina, y particularmente en Colombia. No obstante, aquí en términos generales la intelectualidad ha virado a la derecha, lo que resulta más nefasto cuando muchos países gravitan hacia la izquierda, como respuesta a los resultados desastrosos del capitalismo neoliberal. Por las anteriores circunstancias, el libro de Juan Guillermo Gómez sobre la historia del libro de izquierda puede considerarse como una obra ex-

traña en medio de la creciente derechización intelectual y política que se vive en este país.



Contra la tendencia predominante en Colombia, tanto entre intelectuales como entre políticos —muchos de ellos procedentes de la izquierda—, de que la historia de la izquierda se reduce al puro dogmatismo y sectarismo sin que se note ninguna contribución valiosa al devenir histórico nacional, Juan Guillermo Gómez parte de una premisa diferente: “Tan pobre y dogmática como queremos juzgar la recepción del marxismo en medio de una movilización social y política sin precedentes y bajo circunstancias particularmente traumáticas, *no es lícito concluir afirmando la irremediable pobreza intelectual y dogmatismo ideológico, sin más*” (pág. 14). En contra de esta postura facilista, el autor del libro que comentamos señala que “se precisa de una dosis grande de paciencia investigativa, de acumulación de un material representativo de estos complejos fenómenos sociales, de una perspectiva comparativa y, sobre todo, de un *espíritu de generosa comprensión* para no caer en el desaliento apresurado y la condena oportunista del objeto que se trae en mano” (pág. 14, resaltado nuestro).

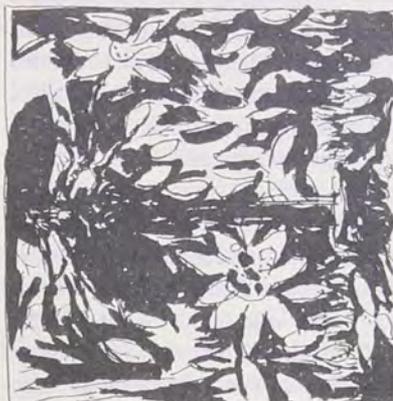
Este sano criterio, característico de cualquier labor investigativa que merezca el nombre de tal, resulta todavía más valioso en el caso de la investigación histórica, puesto que supone aproximarse con *empatía* al tema de estudio, no para juzgar

como un notario, sino para comprender y, sobre todo, poder explicar, un determinado proceso histórico. Y, justamente esto es lo que hace Gómez García para el caso del libro de izquierda en Medellín en la década de los años setenta del siglo xx. A esto se agrega su atinada consideración de que el libro en sí mismo es una “fuente histórica de insospechado valor simbólico” (pág. 59) que nos acerca a la comprensión de la historia cultural de una sociedad en aspectos como “el estado técnico de una rama industrial, la complejidad alcanzada en el desarrollo de las fuerzas productivas, el grado de ‘intelectualización’ de una sociedad urbana, las tendencias de la vida intelectual, y los diversos factores de orden político, social y educativo que en ellos intervienen”. Por todo ello, “la aparición de un libro, pero sobre todo el aglomerado distintivo de una serie editorial, en sus contenidos académicos, científicos, intelectuales o doctrinarios, contribuye de forma inusitada a *reconstruir la vida consciente de una sociedad, la mentalidad implícita, que se esconde en cada título de una obra*” (págs. 59-60, resaltado nuestro).



Estas precisiones metodológicas nos indican el rigor y dedicación de Gómez García en la aproximación a su tema de estudio, con lo cual rompe con los lugares comunes y los múltiples prejuicios políticos e ideológicos cuando se habla de la izquierda, prejuicios que se convierten en verdaderos obstáculos epistemológicos a la hora de acercarse a un tema tan polémico, pero que ha sido

muy poco estudiado con cabeza fría y con esmero.



Para analizar la irrupción del libro de izquierda, el autor propone unas consideraciones generales sobre la “masificación urbana” de Colombia en la década de los años sesenta, quizá la transformación más importante experimentada por el país en el último medio siglo. Esa acelerada urbanización, que en comparación con los procesos vividos en otros países de América Latina (como en Argentina) se presentó relativamente tarde, originó diversos procesos, entre los que sobresale la radicalización intelectual de ciertas capas de la sociedad colombiana, una radicalización que acompañaba la movilización social de amplios sectores populares. Sobre la radicalización intelectual se efectúan unas muy concisas pero valiosas reflexiones para responder a un problema siempre actual en términos analíticos, retomando las palabras del pensador Michael Löwy: “¿Cómo se vuelve anticapitalista un intelectual? ¿Cómo se radicaliza la *intelligentsia*?” (citado, pág. 32).

Seguidamente, en las primeras páginas del segundo capítulo, se encuentran algunas anotaciones teóricas sobre la importancia de la historia del libro como parte de la historia intelectual, analizando en forma precisa las más importantes contribuciones que en ese terreno se han dado en diversos países del mundo (principalmente de Europa, donde más se ha avanzado al respecto). De estos planteamientos se destacan algunos aspectos que se esbozan y sustentan

de manera sucinta: el autor sólo existe gracias a los lectores; es necesario examinar las repercusiones sociales y culturales del abaratamiento del libro y de las ediciones masivas; y cómo modifican la circulación de textos impresos el pensamiento y la sensibilidad de la gente lectora. A partir de una reflexión general sobre la historia del libro se produce un acercamiento al caso del libro de izquierda y sus lectores, resaltando la importancia de la idea iluminista del “obrero ilustrado”, que tanto ha caracterizado la cultura obrera de tintes revolucionarios en sus más variadas acepciones (socialismo utópico a lo Fourier, anarquismo, marxismo...).



Después de esas reflexiones contextuales y teóricas sobre el libro, el autor se adentra en el estudio de la producción de libros de izquierda en el Medellín de la década de los años setenta. Para el efecto, define como libros de izquierda a aquellos que fueron publicados por editoriales identificadas de alguna manera con los ideales de una revolución social, y que pretendieron “contribuir a la agitación intelectual, política, académica, entre diversos círculos de lectores radicalizados...” (pág. 60). Estos libros se dirigían a un lector perfectamente localizado en el mundo universitario, y en menor medida, en el sindical. Durante un breve lapso de unos diez años diversas editoriales de izquierda en Medellín, y en otros lugares de Colombia, produjeron un número significativo de libros eminentemente políticos o con fines políticos, lo que ayudó a

formar a una generación de sectores sociales en algunas ciudades del país. Pero lo más significativo estriba en el papel que cumplió esa literatura de izquierda, ya que se editaron más de doscientos títulos de autores de diversas tradiciones del espectro marxista universal (Marx, Engels, Lenin, Mao, Stalin, Trotsky, Bujarin, Gramsci), así como autores nacionales. Estos configuraron en su momento lo que puede considerarse como la primera generación intelectual de izquierda, y que de paso les sirvió a muchos de ellos para escalar después posiciones en el establecimiento, bien como funcionarios y burócratas estatales, bien como militantes de los partidos tradicionales o bien en la empresa privada.

Dejando a un lado las diferencias doctrinarias, ideológicas y políticas existentes entre editores, autores y libros, el autor hace hincapié sobre como la literatura de la década de los años setenta tenía un objetivo prioritario que guiaba su conducta: generar un debate sobre el destino nacional —en el lenguaje de la época, caracterizar la sociedad colombiana para determinar la vía de la revolución— que involucró a nuevas y diversas capas sociales, hasta ese momento siempre marginadas de la discusión pública. En el contexto de un Frente Nacional excluyente, y ante la urbanización acelerada, el crecimiento del sistema educativo de tipo universitario y la incorporación de nuevos sectores a la vida cultural de las ciudades... “el libro de izquierda sirvió de símbolo de una identidad a diversos y multitudinarios grupos y sectores, a múltiples movimientos sociales y políticos” (pág. 68). Ese libro de izquierda fue inmediatamente funcional a las necesidades culturales y políticas de intelectuales, estudiantes, sindicalistas y movimientos políticos. Nunca antes en nuestra historia, el libro había desempeñado un papel tan vital con relación a movimientos sociales y políticos. Era un libro funcional porque se leía no para solazarse con el saber, sino porque se tenía una pretensión política directa, la de adoctrinar y formar intelectualmente

para la acción política en donde se pudiera (en la universidad, en el colegio, en el sindicato, en el barrio...).

Los aportes del libro de izquierda son más notables de lo que ahora se supone y Gómez García nos recuerda algunos de ellos. Fue la época en que un libro como *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* de Mario Arrubla se convirtió en un texto indispensable en el medio académico, y del mismo llegaron a editarse unos cien mil ejemplares, algo absolutamente impensable en un texto de ciencias sociales en la actualidad (cuyas ediciones tienen un tiraje limitado de trescientos o quinientos ejemplares). Fue el momento cuando se introdujo en Colombia la Historia económica y social, en torno a lo cual se nucleó lo que a mediados de los años setenta se llamaría la Nueva Historia, y que produjo obras destacadas, entre las que sobresalen los dos tomos de Germán Colmenares sobre la Colonia, el libro de Jesús Antonio Bejarano sobre el régimen agrario y el proceso de industrialización, o el de Salomón Kalmanovitz sobre la agricultura colombiana. Así mismo, esas investigaciones se constituyeron en la base de la publicación de dos libros, editados en 1978, ya en otro ámbito y por otras editoriales, y que tendrían también honda repercusión política y cultural, como fueron *Colombia Hoy* (de Siglo XXI Editores) y el primer tomo del *Manual de historia de Colombia* (editado por Colcultura, bajo la dirección de Jaime Jaramillo Uribe). Fue la década, en fin, en que sectores sociales de la pequeña burguesía contribuyeron en el intento, siempre fallido, de democratizar la sociedad colombiana, y en ese contexto el libro de izquierda cumplió un papel de primer orden, al poner en circulación diversos aspectos de la teoría revolucionaria, al impulsar el primer intento serio y sistemático de estudiar la sociedad colombiana y al acompañar un ciclo importante de luchas sociales y políticas en los últimos años del Frente Nacional.

El autor dedica la mitad del libro (unas cien páginas) a la descripción y

análisis de la historia menuda de los principales sellos editoriales del libro de izquierda en Medellín. Pasa revista a La Oveja Negra, Estrategia, Zeta, El Tigre de Papel, La Carreta, Hombre Nuevo, 8 de Junio y Pepe, para terminar recalando el papel de la Imprenta Lealon en la reproducción de los productos intelectuales de la izquierda de entonces. Como puede verse, los títulos de las editoriales revelan en casi todos los casos las pretensiones políticas de los editores, en un medio tan confesional y clerical como el antioqueño, en donde el lenguaje irónico y sarcástico ya es un indicador de crítica social.



En forma amena, con una prosa sencilla y directa, el autor nos cuenta detalladamente la historia particular de cada editorial, destacando las tendencias políticas, los intereses en juego y las contradicciones internas que llevaron a su disolución. Destaca con anotaciones precisas la manera como muchos de los editores e intelectuales de izquierda de ese entonces terminaron en la derecha política (esto es en los partidos tradicionales) o se convirtieron en simples negociantes, cuyo arribismo salió a flote ya a finales de la década de los años setenta, como es el caso emblemático de Gabriel García Márquez, hecho que casi nunca se menciona cuando se habla de la vida y obra del Premio Nobel de Literatura. Al respecto, se recuerda que el cambio de rumbo de La Oveja Negra —que pasó de ser una editorial de izquierda, que editaba a Marx, Mao, Godelier, Althusser, a conver-

tirse en una empresa editorial “rica, capitalista, con todos los métodos tramposos de publicidad”, según recuerda uno de los socios de aquella época— fue resultado directo de los intereses económicos de García Márquez y de la astucia gerencial de Katarain, puesto que lo único que animó al creador de Macondo a asociarse con una editorial por entonces de izquierda “era encontrar la fórmula para combatir las ediciones ‘piratas’ y la mejor fórmula de obtener una alta rentabilidad de sus *hits* de mercado” (pág. 102). Esto se plasmó con la publicación, vulgarmente comercializada, de *Crónica de una muerte anunciada*, obra con la que al mismo tiempo, se puso de presente tanto el espíritu de negociante de García Márquez como el declive irreversible de su creatividad, ya que desde entonces, entre más libros vende este escritor, menos calidad literaria se le aprecia, porque sencillamente, “como el esposo de la viuda de Montiel, había sucumbido a la ‘fiebre del oro’” (pág. 102).

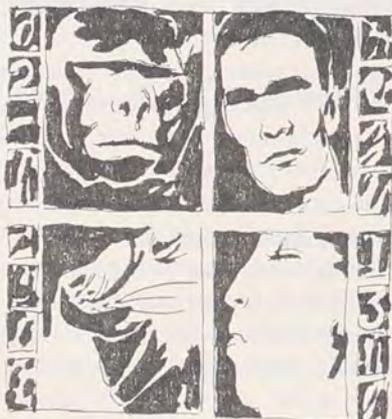
Algo similar sucedió con otros sellos editoriales, como Hombre Nuevo o La Carreta. En efecto, algunos de sus socios (entre ellos aparecían historiadores) aprovecharon su figuración inicial como autores e investigadores de izquierda pero, después de la consagración que supuso la publicación del *Manual de historia*, abandonaron la actividad investigativa y docente en las universidades, optando por la lucrativa vida de “emergentes funcionarios públicos en diversas administraciones de turno” (pág. 112). Con este procedimiento se repetía, algo muy frecuente en la sociedad colombiana, la pauta de abandonar la labor intelectual para asumir un cargo burocrático, lo cual implica dejar de investigar y dedicarse a vegetar y vivir de la fama obtenida por un libro. En la Colombia de finales de la década del setenta los intelectuales de izquierda tuvieron un comportamiento similar al de los novelistas criollos del siglo XIX, quienes después de publicar una novela de algún éxito, sólo pretendían ser designados como cónsules en una ciudad

europea “donde moría la vena literaria del poeta”. La diferencia en la década de los años setenta estribaba en que en ese momento con la publicación de un libro de economía política “más o menos vendible” se aspiraba a “obtener un ministerio o cosa semejante donde sucumbía el espíritu científico del investigador social” (págs. 112-113). Hay que decir que tal ha sido el caso de algunos de los investigadores más rutilantes de la década de 1970, como Jorge Orlando Melo, Álvaro Tirado Mejía, Salomón Kalmanovitz, Marco Palacios, Jesús Antonio Bejarano, Miguel Urrutia... De algunos de estos antiguos investigadores, pues ya no lo son, Gómez García, con toda la razón del caso, habla sin ninguna indulgencia, señalando con precisión que sus obras fueron usadas como trampolín social y político para ascender a encumbrados puestos del establecimiento. Sólo a manera de ejemplo baste mencionar que sobre Álvaro Tirado Mejía, en su momento autor de un *best seller* similar al de Mario Arrubla, *Introducción a la historia económica de Colombia* (un libro que aún hoy se sigue editando, sin que lo amerite) se dice que “se alineó al tradicional partido liberal... y ha ocupado destacados cargos públicos y diplomáticos. En sus últimos años tuvo relaciones con personajes públicos de dudosa reputación (como el turbayista Hernando Durán Dussán, entre otros)” (pág. 167).



De esa generación de autores de izquierda de la década del setenta, convertidos hoy por hoy en defen-

sores del capitalismo colombiano, Gómez García rescata a Germán Colmenares, el historiador que logró implantar el rigor investigativo en la universidad colombiana y que por su producción científica fue el escritor más importante de su generación en lo relacionado con la historia colonial, “acuñando con su vida académica y su producción investigativa un *ethos* profesoral ejemplar, en un país sometido a todo tipo de facilismo y perversiones académicas” (pág. 171). Dada la seriedad y rigor de Germán Colmenares, el libro que comentamos termina con un análisis de su obra *Historia económica y social de Colombia, 1537-1719*, considerado como uno de los productos más sistemáticos y elaborados de la historiografía económica en Colombia, cuyo nacimiento está asociado —así eso hoy difícilmente se reconozca— al libro de izquierda que sacudió a este país en la década del setenta.



Aunque el libro reseñado está bien hilvanado y tiene una notable unidad interna, a su autor le faltó profundizar en el análisis de las características económicas, sociales, ideológicas educativas y culturales del país en las décadas del sesenta y el setenta. Desde este punto de vista, a nuestro modo de ver, el autor no implementó las recomendaciones metodológicas de José Luis Romero en su *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (que cita al comienzo de su investigación) en el sentido de considerar las características de los contextos económicos y culturales

para poder entender el marco en el que se desenvuelven un determinado tipo de ideas. En otros términos, aunque se mencionan algunos de los grandes cambios que conoció Colombia en la década de los años sesenta (como la urbanización, la migración campo-ciudad, la crisis de la cultura conservadora y provinciana para dar paso a una cultura urbana, el aumento del número de estudiantes en las universidades...), no se indaga a fondo en ellos para determinar su compleja vinculación con la emergencia de la cultura intelectual de resistencia que representan las editoriales de izquierda de la época y sus reales y potenciales lectores. De esta manera, no se profundiza en el aspecto clave para escudriñar por qué existe un interés creciente de importantes franjas de la población en cierto tipo de literatura política e ideológica y cuáles fueron sus relaciones con la modernización capitalista del país.

Existen algunas imprecisiones y gazapos en el libro. Entre los que hemos detectado señalamos los siguientes: la fecha del título del libro de Gustavo Vargas Martínez está equivocada: “*Colombia 1864* (es 1854): *Melo, los artesanos y el socialismo*” (pág. 98); se afirma que el Premio Nobel de Literatura le fue concedido a García Márquez en 1981 (pág. 99), cuando fue en 1982; no queda claro si lo que se dice en la página 150 es un error de una cita textual o del autor, cuando se dice que *Técnica del golpe de Estado* es del anarquista italiano Maletatesta (sic), cuando el autor de esta obra es Curzio Malaparte.

Tampoco queda claro si cuando Gómez García habla del primer libro publicado por La Oveja Negra se está refiriendo a la *Contribución a la crítica de la economía política* o a la *Introducción general a la crítica de la economía política* (ambos fueron difundidos por esa editorial). Como se sabe, la primera fue publicada en vida de Marx, con su célebre prefacio en 1859, y era presentada como un anticipo de *El capital*, mientras que la segunda nunca vio la luz en tiempos de Marx, porque

simplemente era una parte de sus *Borradores*, y sería dada a conocer muchos años después de su muerte. Sin embargo, queda la sensación de que se están confundiendo los dos textos, puesto que es en la *Introducción* donde se esbozan las cuestiones metodológicas propuestas por Marx, y no en la *Contribución*, lo que da a entender en su exposición Gómez García (pág. 91). En realidad, como lo hemos podido constatar por nuestra cuenta, el primer libro publicado por La Oveja Negra fue la *Contribución a la crítica de la economía política* en 1968.

Al final del libro se encuentra un listado casi completo de los libros difundidos por las editoriales de izquierda de Medellín. Este listado se convierte en una guía muy útil sobre la literatura de izquierda de la época, y en un indicador bibliográfico de los temas, debates e iniciativas teóricas de los grupos de izquierda de aquel entonces. Decimos, sin embargo, que es casi completo porque hemos podido constatar que faltan algunos títulos, entre los que podemos mencionar: Varios autores, *Chile: Reforma o revolución*, tomo 2, Editorial La Pulga, 1973; Jorge Villegas Arango, *Colombia: enfrentamiento Iglesia-Estado, 1819-1887*, Editorial La Carreta, 1981; Jorge Villegas Arango, *Mi vida: Crescencio Salcedo...*, Ediciones Hombre Nuevo, 1976; Estanislao Zuleta, *Comentarios a la introducción general a la crítica de la economía política*, Editorial Lealon, 1974; Grupo de Estudios José Raimundo Russi, *Luchas de clases por el derecho a la ciudad*, Editorial 8 de junio, 1975.

Es necesario resaltar, para concluir, que este libro llama la atención sobre el olvido de nuestra propia historia y al descuido en considerar la tradición política de la izquierda, variada, heterogénea y contradictoria, como si no formara parte del pasado inmediato del país. Esa cultura de izquierda es estudiada a partir de un aspecto, muy interesante pero que hasta ahora no se había tenido en cuenta, como es el de la edición de libros. Este texto puede convertirse en el punto de partida

para investigar aspectos similares de la edición de izquierda, como los referentes a la prensa, a las revistas (como *Alternativa* de la década de los años setenta), a las editoriales de otras ciudades y de otras épocas, a las publicaciones partidistas (como las del Partido Comunista Colombiano, por ejemplo) y algunos temas similares. Esperemos que la labor iniciada por Juan Guillermo Gómez García sea continuada por otros investigadores, que tengan en mente el proyecto de demostrar que en nuestra historia la izquierda ha sido algo más que una convidada de piedra, que sus acciones han ido más allá del sectarismo, el dogmatismo y la intolerancia —conductas que desde luego han existido y se mantienen en algunos sectores—, y, finalmente, que ha contribuido a perfilar nuevos horizontes culturales y políticos para nuestro país.

RENÁN VEGA CANTOR  
Profesor Titular,  
Universidad Pedagógica Nacional

## Un gran aporte a la historiografía

Los guajiros: “Hijos de Dios y de la Constitución”. Una travesía hacia la conquista espiritual de los wayúu

Vladimir Daza Villar

Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y de las Artes de la Guajira, Convocatoria, Riohacha, 2005, 118 págs.

La presentación le sirve de pretexto al autor para definir el sentido del vocablo “desierto”, que era utilizado a comienzos del siglo xx por los encargados de las Misiones evangelizadoras y los programas de Instrucción como “grandes territorios vacíos de civilización andina y católica” (pág. 15). Esto le permite realizar una crítica historiográfica mediante la cual muestra que —en Colombia— el énfasis en los estudios acerca de la “colonización” se han cen-

trado en el caso de los antioqueños y han descuidado inmensas porciones de Colombia que sufrieron otro tipo de procesos tal y como ocurrió en la Amazonia, los llanos orientales, la región costera del Pacífico, la Guajira y otras porciones del territorio. El llamado de atención sobre estos últimos procesos se hace mostrando los diversos estudios existentes acerca de regiones que han sido catalogadas como “de frontera”, concepto que no aparece expresamente definido pero que se refiere a aquellos territorios que experimentaron un tardío “proceso de colombianización”. Este es el juego historiográfico que le permite al profesor Daza realizar un “estado del arte” acerca de los estudios de las comunidades wayúu, que evidencia principalmente el estudio de la “resistencia” de los habitantes de la Guajira a los intentos de control por parte del Estado colonial en el siglo xviii. Se trata, como muy bien lo muestra el autor, de estudios que se orientaron principalmente al seguimiento de prácticas comerciales conocidas desde aquella época como contrabandísticas.



Para superar la limitación que parece ofrecer la historiografía colonial acerca del estudio de comunidades habitantes en las fronteras del Nuevo Reino de Granada, el profesor Daza aborda la historiografía extranjera enfocada a los estudios de “frontera” y de “misiones” en California y en Bolivia, que conforman el corpus historiográfico de la llamada “New Mission History” que se

fundamenta en el análisis discursivo de los textos producidos por autoridades civiles, misioneros y pueblos indígenas, y que se convierten en una guía metodológica al permitirle descubrir “que las misiones fueron mucho más que avanzadas religiosas”, pues mostraron “la enorme fragilidad del control colonial sobre las fronteras españolas y la perdurabilidad de las comunidades indígenas”<sup>1</sup>. Los aportes de este tipo de visión, que muestran la capacidad de supervivencia de las comunidades indígenas, permiten que el autor invite a que el estudio de tales comunidades no sea hecho “desde la dicotomía conversión-resistencia”, sino desde una reflexión “desde la Semiología Histórica sobre el discurso indio o la discursividad subalterna, ya no pues desde una perspectiva etnocentrista cifrada en el etnógrafo sino en el reflejado por el sustrato indígena” (págs. 17-18).



Es la consulta de la bibliografía internacional especializada en el tema lo que le permite al historiador Daza encontrar su objeto de estudio, pues siguiendo las orientaciones de Robert H. Jackson y Erick D. Langer acerca de las misiones en el periodo colonial y republicano, acepta la necesidad de estudiar “las instituciones de la frontera durante el siglo xix, con el fin de detectar las políticas cambiantes del Estado Republicano hacia los indígenas”<sup>2</sup>. Esto lo lleva a una búsqueda de la historiografía colombiana acerca de las misiones en el territorio de la Guajira que le muestran los pocos estu-